



ECONOMÍA PRODUCTIVA, SOCIEDAD Y COMERCIO

E. Huguet, J. M. Macias, F. Rodríguez, M. Rosselló
ICAC

Precursores del mundo medieval

La Arqueología ha demostrado cómo hubo una intensa transformación del sistema económico en la antigua *Hispania*, a partir del siglo III dC, que dió paso a un sistema productivo que evolucionó hacia la regionalización y el autoabastecimiento. La etapa visigótica representó la eclosión definitiva de este nuevo modelo que estableció las bases para la economía y la sociedad de la Edad Media.

Fueron cambios profundos que afectaron a la mayoría de la población pero que, desde la arqueología, no siempre han sido fáciles de percibir. La nueva realidad social y económica se desarrolló en una arquitectura más débil y, en cuanto a la cultura material, la madera y la piel jugaron un papel tan fundamental como imperceptible por nuestras condiciones climáticas. En cambio, las cerámicas, permanecen inalterables en el subsuelo y

nos muestran el mantenimiento de unas relaciones comerciales con los principales puertos del Mediterráneo que, a diferencia del período romano, cada vez se restringieron a una capa de la población más reducida.

El litoral valenciano, y su interior, se benefició de esta situación, y los arqueólogos hemos recuperado numerosos vestigios materiales procedentes del norte de África o del Oriente Próximo y, prácticamente, hasta la llegada del islam en estas tierras.

Por otro lado, las excavaciones en los espacios productivos —almacenes, bodegas— muestran cambios profundos derivados de una intensa transformación social donde la concentración de las tierras, la desaparición de lo que hoy serían «clases medias» urbanas y un aumento de la presión fiscal, condujeron a una profunda división social y a un empobrecimiento de la mayoría de la población. Al final del Imperio romano la sociedad se dividió entre *honestiores* y *humiliores*, fenómeno precursor de tiempos posteriores en los que las personas se dividieron entre la

<1 Ánfora de Palestina del almacén de Punta de l'illa.
Museu de Prehistòria de València. Foto: Rafael de Luis



Olla globular con asas laterales de cerámica de cocina aparecida en las excavaciones de les Corts Valencianes. SIAM-Ajuntament de València. Foto: Rafael de Luis

plebe y la aristocracia, esta última de origen político-militar o religioso. Dicha transformación tuvo relación con la concentración de la escasa riqueza generada por las élites, civiles y eclesiásticas; es el dominio definitivo de lo privado sobre lo público y la desaparición de las ciudades como espacios de proyección social a través de la actividad económica. Si acaso, solo las élites comerciales pudieron mantenerse al margen de este empobrecimiento generalizado.

Así nacieron las relaciones de dependencia o *patrocinium* que conformaron la sociedad feudal. En el ámbito de la arqueología se constata un empobrecimiento generalizado en la actividad constructiva, principalmente doméstica y, en general, en el urbanismo. Aparte de la arquitectura del poder, no hubo ninguna actividad constructiva relevante y el ocio y el consumo social se recondujeron hacia la ritualidad religiosa.

La mayor parte de la sociedad viviría en un entorno de subsistencia y autarquía, mientras que las clases aco-

modadas civiles y religiosas mantuvieron pautas de consumo heredadas de la tradición romana e influenciadas por la cultura bizantina. En este contexto se sitúa un descenso de la población hispánica por la aparición de epidemias, sequías o plagas de langosta que propiciaron malas cosechas y épocas de hambre. Esta decadencia se relaciona con un retroceso tecnológico que afectó a las condiciones de vida: la arquitectura doméstica, el suministro de agua potable y el sistema de eliminación de residuos fueron deficitarios en relación con los siglos anteriores.

Nuevos modelos territoriales

Algunas ciudades mantuvieron su papel de centro político y religioso. En todas se dan contracciones o esponjamientos urbanísticos de acuerdo con su rol en el Reino visigótico. La presencia de una sede episcopal o de un culto martirial fueron factores de vitalidad urbana. Así, la relevancia martirial de *Valentia* incrementó el poder de su sede episcopal. Otras ciudades romanas se apagaron progresivamente durante el período visigótico si bien, en el caso de los núcleos portuarios, la actividad económica de estas se mantuvo. Es el caso de *Portus Illicitanus* (Santa Pola) y *Portus Sucronensis* (Cullera). En cambio, la fundación de València la Vella muestra la capacidad de crear nuevos centros urbanos y cómo la situación militar derivada de la ocupación bizantina del sudeste era capaz de propiciar la construcción de un espacio habitado de casi cinco hectáreas que se mantuvo en uso entre cien y ciento cincuenta años. Sobre el rol de este asentamiento hay aún muchas dudas, pero creemos que ejemplifica el papel de dinamizador económico y urbanístico que generó la necesidad de contingentes militares

en esta zona geográfica. Ejércitos y soldadas debían romper las rutinas de una economía regionalizada y quizá propiciaban las relaciones comerciales por simples necesidades de abastecimiento. Prueba de eso son los hallazgos numismáticos alrededor de Valencia durante la segunda mitad del siglo vi y la primera del vii.

Obviamente, no podemos hablar de una *civitas* en el sentido clásico o contemporáneo del término. La ciudad visigoda fue *ex novo* o continuidad de una precedente; es un espacio que lidera jerárquicamente un territorio donde residen las estructuras de poder y donde se levantan unas murallas como elemento de prestigio y de protección. El arzobispo Isidoro de Sevilla nos expresa, en sus conocidas *Etimologías* la relevancia de las murallas como elemento distintivo hacia otras formas de asentamiento humano. Pero en su interior, la arqueología ha constatado una clara contracción y una ocupación del espacio menos ordenada. En esta época, los espacios de producción económica aparecen mezclados con los espacios residenciales; si es que no hubo una arquitectura mixta en que la planta baja fue el espacio productivo, de almacenamiento o donde se cuidaba de los animales; mientras que el piso superior se convertiría en la zona de reposo. Así, la aparición de talleres artesanales, pequeños espacios agrarios o ganaderos pasan a ser un hecho habitual en una ciudad que no dispone de una firme estructura de abastecimiento externo y que requiere incorporar en el interior actividades anteriormente exclusivas del entorno rural.

No obstante, también debemos reconocer que las ciudades portuarias —y también aquellas que, por su influencia política, tuvieron suficiente capacidad de atrac-

ción de bienes de consumo relevantes— pudieron mantener vínculos comerciales con los centros productivos mediterráneos de más prestigio. Este es el caso de València la Vella, la relevancia y proximidad de esta con el puerto de *Valentia* ha permitido recuperar contextos cerámicos semejantes entre ambas ciudades.

En el campo, el sistema productivo vertebrado a partir de extensas villas excedentarias en manos de familias urbanas aposentadas bajó irremediablemente a partir del siglo iii dC. Hay quien cree que se produjo una concentración de la propiedad de manera que, durante los siglos iv y v aún documentamos extensas propiedades agrícolas suntuosas y extensas. Posteriormente, la llegada de las élites germánicas a las tierras valencianas podría haber tenido consecuencias en este proceso de concentración de grandes propiedades, en el marco teórico de un proceso de sustitución o concordancia hacia las antiguas clases altas hispanorromanas. Pero ya no eran exclusivamente centros de producción, sino islas de riqueza en manos de patrones que acogían y dominaban a una población rural empobrecida y sometida a su jurisdicción particular. Muchos campesinos arruinados quizá daban sus tierras a cambio de protección. Junto a estas grandes propiedades observamos la proliferación de numerosos poblados y aglomeraciones rurales. Estos, a menudo, se desarrollaron alrededor de *parroquiae* rurales o, más adelante, de centros monásticos. Ambas realidades pasaron a ser los nuevos instrumentos de organización y fiscalización eclesiástica del campo. De tal manera que ya en los concilios eclesiásticos del siglo vii se aprecia cómo los abades rivalizaron en importancia con los obispos urbanos.

La economía

La economía se basaba fundamentalmente en la agricultura y en la ganadería. De la primera encontramos abundantes muestras en los yacimientos conocidos, tanto urbanos como rurales, donde son numerosos los silos o depósitos excavados en el subsuelo para el almacenamiento de grano. Excepto en grandes espacios civiles o religiosos, desaparecieron los almacenes construidos, tipo *horreum*, y los silos abiertos en el suelo fueron el recurso más empleado. Se recuperó así una antigua práctica característica del período ibérico donde, prácticamente, dentro de las casas se excavaban los almacenes privados. Eran medios de ahorro de escasa capacidad y pensados para el consumo familiar, no para su comercialización. Eso no excluye que hubiese grandes áreas de almacenamiento, pero no tenemos constancia arqueológica. Sabemos que progresivamente la recaudación fiscal se fundamentó en la recepción de víveres, fuesen para abastecimiento de tropas o porque la propia Iglesia pasó a ser una importante institución receptora fiscal. A la vez sabemos que la Iglesia desarrolló importantes acciones benefactoras al repartir estos mismos víveres a los más necesitados y en períodos de carestía.

Cereales, trigo y cebada, la vid y el olivo eran los cultivos más extendidos aunque, en zonas con agricultura de regadío o más próximas a los núcleos de hábitat, habría también huerta con leguminosas y árboles frutales. Uno de los pocos conjuntos de herramientas de cultivo de la tierra de nuestro territorio procede de l'Horta Vella (Bétera). La ganadería pasó a ser una actividad con un peso importante en las zonas interiores. Era una ganadería de tras-

humancia de ovinos, caprinos y bovinos, pero también se criaban suidos y aves. La incidencia de esta práctica era relevante. Así, estudios de reconstrucción del paisaje desarrollados en el nordeste peninsular, muestran en el período visigótico importantes actuaciones de deforestación que se han vinculado al pastoreo. Como actividades complementarias se pueden citar la recolección y la caza. La recolección era estacional, se recogían determinadas plantas y animales como los caracoles, muy abundantes en los estratos de época visigótica, o productos como la miel, citada en el Pacto de Tudmir entre los impuestos que los campesinos tenían que pagar. Los documentos comerciales escritos en pizarras nos hablan igualmente de queso, sal, miel, etc. Sin embargo, en líneas generales, la documentación escrita —las pizarras visigodas, prescripciones legales o reglas monásticas— nos describe unas pautas generales de alimentación continuistas en relación con la etapa romana y siempre adaptadas a su entorno geográfico y climático. Otra cosa sería la asiduidad con la que muchos de estos alimentos se podían consumir y en qué capas sociales eran más frecuentes.

La vitalidad constructiva del momento, sobre todo en el siglo VI, debía llevar aparejada la existencia de todo un grupo de personas relacionadas con la edificación. Era habitual la recuperación de material arquitectónico romano para la reutilización en nuevos edificios de este momento. Debía de haber, por lo tanto, personal dedicado a la construcción en piedra, otros dedicados a la forja, otros a la carpintería y a otras actividades edilicias. El oficio de picapedrero era un trabajo especializado y habría diferentes grados entre los artesanos. Habría desde un

trabajo de extracción de las piedras en las canteras que requería un conocimiento específico, hasta los picapedreros dedicados a la creación de la decoración arquitectónica, que eran verdaderos especialistas. En el territorio valenciano debían de existir estos maestros artesanos que tallaran decoraciones arquitectónicas cuidadosas en canceles, capiteles y frisos tanto en la ciudad como en las nobles residencias rurales. El mejor ejemplo de eso es el palacio de Pla de Nadal, en Riba-roja de Túria. Hay que prever la existencia de artesanos itinerantes, que copiaban o extendían los modelos decorativos por todo el Reino visigodo y que, en muchos casos, tenían una clara inspiración bizantina.

Por lo que respecta a la producción artesanal, la metalurgia se desarrolló ampliamente, como muestran los tesoros de Guarrazar y Torredonjimeno como máximo exponente con el uso de oro y piedras preciosas. Sin embargo, había una actividad metalúrgica mucho más modesta, pero no por eso menos activa, que confeccionaba sobre todo elementos de indumentaria personal como son fíbulas, hebillas, pulseras, pendientes y todo tipo de elementos metálicos, decorados en la mayoría de los casos. Las cruces de Punta de l'Illa (Cullera) son un buen ejemplo. Otra actividad artesanal identificada en València la Vella, y que se trata de manera específica en otro de los capítulos, es la producción de vidrio, confirmada por la recuperación de fragmentos de vajilla soplada, desechos, pruebas de vidriero y bloques de materias primas importadas de Egipto o del área de la actual Siria.

Poca información nos ha llegado de la industria textil pero sabemos que debía estar muy desarrollada, con una



Detalle de cruz del tesoro de Torredonjimeno (Jaén).
Fotografía archivo del MAC.

especialización importante y sastres, personas dedicadas a la fabricación de hilos, tintes, entre otros. En cuanto a los tejidos hay constancia de uso en época visigótica, son sobre todo la lana, el lino, el cáñamo y la seda que requerían varios procesos de fabricación. En el ámbito arqueológico, aparecen a menudo fusayolas para la confección de hilos para tejidos de fabricación doméstica. En esta cadena productiva los monasterios quizá desarrollaran progresivamente un papel pionero, que ejemplificaba el control de la Iglesia visigoda en el territorio y las principales rutas de comunicación. Así, el papel de la Iglesia en la producción y redistribución de vino por el Mediterráneo es relevante.

Comercio y consumo

Parece claro que, bajo la nueva configuración territorial aparecida a mediados del siglo VI en el Mediterráneo occidental, a raíz del famoso programa militar, político y propagandístico protagonizado por Justiniano, el Imperio de Constantinopla fue el nuevo motor comercial. Fue un monopolio, entre los siglos VI y VII, fundamentado en el intercambio de larga distancia desarrollado gracias a la fiscalidad de las nuevas provincias conquistadas y al transporte de víveres a espacios fortificados, de control territorial o espacios militares en disputa. La nueva red pública de extracción fiscal y *annonaria* también debió provocar que muchos comerciantes orientales aprovecharan el control de estos canales, bajo la protección de alguna élite secular, aristocrática o, incluso, de manera independiente, para vender productos de diferentes tipos en los puertos mediterráneos occidentales fuera de la nueva órbita territorial bizantina.

En la península ibérica queda documentada la llegada de comerciantes griegos, sirios y judíos, junto con otros autóctonos que gestionaban el comercio que llegaba por estos canales. Incluso, la legislación visigoda reconoce la existencia de «zonas francas», llamadas «*cataplus*», donde las grandes ciudades portuarias mediterráneas sometían a control y fiscalidad todo producto que entraba y salía del reino de Toledo. Entre los productos de fuera de la Península detectados arqueológicamente, encontramos aceite y vino que procedían del continente africano, que eran transportados mediante grandes y pequeños contenedores anfóricos como los ejemplares completos de Punta de l'Illa o los incompletos de València la Vella y *Valentia*. Por rutas independientes también llegaban otros productos básicos

acompañados de la vajilla fina africana del momento, aquellas producciones tunecinas *terra sigillata* africana D que, a pesar de no ser masiva, es constante en los yacimientos valencianos; o las lámparas africanas para la iluminación, a menudo con motivos decorativos y simbólicos cristianos.

También desde Oriente llegaban contenedores con aceite y vino, de mejor calidad que los norteafricanos, y muy estimado en aquel momento por las diversas élites aristocráticas. Lo sabemos por las ánforas procedentes de Asia Menor, Siria, Palestina y Egipto, que se consumían en tierras valencianas mediante una conexión directa entre grandes puertos como Roma, Cartago, Nápoles, Marsella o Tarragona. Otro contenedor interesante que detectamos en las excavaciones arqueológicas son los ungüentarios, pequeños receptáculos hechos con arcilla, a mano o con molde, que procedían de la zona costera de Asia Menor (Licia, Panfilia, Éfeso, etc.). Aunque a menudo se ha pensado que su contenido podría relacionarse probablemente con aceites, perfumes o especies. Hace poco se han propuesto hipótesis de que podrían transportar alguna especie de fármacos vegetales, mezclados con miel o sustancias líquidas de consistencia viscosa. De Oriente también se importaban vajilla fina o recipientes de cocina, aunque en un porcentaje menor y básicamente a núcleos urbanos costeros.

La influencia comercial y cultural del Imperio bizantino es notable y aún no se ha calibrado del todo. Tenemos constancia, por ejemplo en el arte cristiano, de los bronce litúrgicos (jarras, incensarios o *polycandelon*) o piezas de mármol (frontales de altar, páteras, morteros). Incluso, en la recuperación de ponderales o pesos y balanzas con inscripciones, como la recuperada en el núcleo fortificado del

Puntal del Cid, en Almenara (Castellón). En estas transacciones comerciales conocemos la llegada de mercancías de lujo, metales preciosos, lingotes de vidrio, mármoles, tejidos, etc. Incluso comercio de esclavos desde Marsella. En contrapartida, las fuentes de la Hispania visigoda nos dicen que podrían continuar exportando salazones, aceite, vino, cereales, etc. En todo caso, este comercio se debía efectuar en botas de madera, botas de piel o sacos y, por tanto, no podemos cuantificar su relevancia. *Tarraco*, *Dertosa*, *Valentia*, *Portus Sucronensis*, *Portus Ilicitanus* o *Carthago Nova* serían puntos fundamentales de entrada y redistribución de bienes de consumo, que se convertían en escalas portuarias en un mercado global mediterráneo que se debía encontrar bajo el control bizantino, y donde la presencia de colonos foráneos debía ser una constante.

En paralelo al comercio exterior había un comercio interregional, que estamos empezando a descubrir, muy activo entre los diferentes puertos de la ribera mediterránea. Se comerciaba vino contenido en ánforas de pequeñas dimensiones, de procedencia regional o local, que reproducen modelos anfóricos conocidos en otras zonas del Mediterráneo. Estas, no solamente se detectan en tierras valencianas sino que se empiezan a documentar en puntos alejados como Cartagena, las Islas Baleares, Tarragona o Barcelona. La cerámica común y de cocina tenía un espacio comercial mayoritariamente local o regional; su estudio denota unas características morfológicas y de fabricación comunes que nos reflejan una cultura artesanal compartida. Aunque quizá había diferentes alfarerías según las zonas, abundan entre las diversas regiones cazuelas de borde invadado, ‘ollas de perfil en «S»’, hervidores y mortero-

ros con visera, boles carenados y botellas. También evidenciamos ciertas producciones utilitarias que llegan a tierras valencianas de regiones más alejadas, ollas globulares y/o cazuelas con el borde triangular que empiezan a ser documentadas tanto en Gerona, Barcelona y/o Tarragona.

La entrada en el escenario mediterráneo de una nueva superpotencia en alza, el califato árabe, comportó una pugna por el control del mar y las rutas de comercio de larga distancia entre este y el Imperio bizantino. Poco a poco, los árabes fueron conquistando amplias zonas del espacio bajo dominio constantinopolitano, lugares esenciales para el suministro y la distribución de productos alimentarios y de lujo, como Palestina, Siria, Egipto y Cartago. Aunque las exportaciones de estas áreas conquistadas continuaron navegando por el Mediterráneo entre los siglos VII y VIII, las documentamos con unos niveles cada vez más reducidos y en puntos costeros geoestratégicos. Al mismo tiempo, la Administración bizantina poco a poco hubo de reorientar sus principales canales de suministro hacia zonas más próximas a Constantinopla, como el mar Negro, el Egeo y el Adriático, y eso podría explicar un cierto desabastecimiento de las tierras occidentales. A lo largo de los primeros decenios del siglo VIII empiezan a desaparecer de nuestro registro arqueológico los indicadores ceramológicos indispensables para reconstruir las dinámicas económicas y las rutas comerciales operativas en aquel momento. La nueva potencia en la península ibérica iniciará una nueva gestión del intercambio a gran escala de difícil detección en la actualidad, pero, sin embargo, priorizó unas nuevas rutas comerciales asociadas a sus necesidades, prácticamente, hasta el siglo X.